

Las huellas del futuro

Historiografía y cultura
histórica en el siglo xx

FERNANDO SÁNCHEZ MARCOS



Índice

PRESENTACIÓN.....	11
INTRODUCCIÓN.....	17
1. Las claves del modelo historiográfico dominante a principios del siglo xx ..	37
2. La renovación historiográfica en torno a la revista «Annales»: sus claves, su influencia y sus ambigüedades	47
3. Las propuestas y el contexto de la historia, como ciencia social, en Alemania y Norteamérica.....	67
4. La evolución y diversificación de la historiografía marxista desde el materialismo histórico hasta la antropología crítica.....	79
5. El retorno de la narrativa y de los acontecimientos y el cuestionamiento de la historia socioestructural. ¿Hacia qué narrativa se encamina la nueva historia?.....	91
6. Nuevos enfoques de la historia en pos del sujeto: la historia de la vivencia cotidiana, la microhistoria y la historia antropológica.....	99
7. Otra visión de la historia: historia de las mujeres, historia feminista y problemática del género.....	111
8. Los desafíos del posmodernismo y el giro lingüístico.....	123
9. Introducción a la historia medioambiental	143
10. Globalización y cambio de perspectiva historiográfica.....	153
11. Cultura histórica y memoria en el mundo actual	177
EPÍLOGO.....	203
BIBLIOGRAFÍA.....	207
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	223

La evolución y diversificación de la historiografía marxista desde el materialismo histórico hasta la antropología crítica

4.1. INTRODUCCIÓN

Hasta ahora he tratado de la renovación y ampliación del concepto de historia que propugnaron, frente al modelo básico tradicional, dos corrientes o tendencias bastante afines. Una de ellas, la Escuela de *Annales*, es designada por su revista emblemática. La otra toma su nombre más bien por la ciencia del presente —la sociología— a la que los adalides de la corriente conceden especial importancia como fuente de teorización. Al abordar ahora la historiografía marxista me refiero a una corriente —la cual se ha plasmado en orientaciones sensiblemente diferentes como veremos— que toma su nombre de Karl Marx, un pensador alemán del siglo XIX cuyas teorías científico-sociales y utopías revolucionarias dejaron una profunda huella en el siglo XX.¹ Un corto siglo, magnífico y atroz, acotado quizá por dos hitos: 1917, inicio de la Revolución soviética liderada por un marxista ruso (Lenin), y 1991, cuando se desintegra la Unión Soviética, el coloso político cuya ideología oficial era cierta interpretación (más o menos genuina o espuria) del marxismo.²

Una de las especificidades del marxismo, frente a otras teorías sociales, es su estrecha vinculación a un colosal proyecto político para reemplazar y superar al capitalismo. Proyecto que muchos identificaron con el comunismo. Por

1 Edgar Morin ha escrito al respecto: «Le génie de Marx est d'avoir voulu, dans ce qu'il appelait *praxis*, associer, entre-féconder, entre-déchirer la philosophie, la science et l'action. Cette association dialectique c'est si audacieuse, si instable que le marxisme tend naturellement à se décomposer, soit en philosophisme, soit en scientisme, soit en pragmatisme. Et dans le pire des cas, à ne conserver en lui, d'une façon hétérogène et incohérente, que les formes les plus dégradées de philosophisme (système clos, abstrait et dogmatique), du scientisme (matérialisme réificateur), du pragmatisme (l'action du parti, critère de toute vérité)». MORIN, E.: *Pour et contre Marx*. París, Temps Présent, 2010, p. 17.

2 Según Pierre Vilar, la definición de «las clases» más válida teóricamente es, sin lugar a dudas, la de Lenin: «Llamamos clases a grandes grupos de hombres que se diferencian por el lugar que ocupan en un sistema históricamente definido de producción social, por su relación (fijada y consagrada por las leyes, en la mayoría de los casos) con los medios de producción, por su función en la organización social del trabajo, por lo tanto, por los modos de obtención y la importancia de la parte de que disponen. Las clases son grupos de hombres, uno de los cuales puede apropiarse del trabajo del otro gracias al distinto lugar que ocupa en una estructura determinada: la economía social». Cfr. VILAR, P.: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Crítica, 1980, p. 129.

ello, no tiene sentido hoy prescindir, en el debate historiográfico, del enorme impacto que tuvo, también en el clima intelectual de Occidente, el súbito desmoronamiento entre 1989 y 1991 del «socialismo real» en los países vinculados a la antigua Unión Soviética. Para constatarlo basta, por ejemplo, leer las intervenciones de los participantes en la mesa redonda sobre «Marxismo e Historia» celebrada en el I Congreso Historia a Debate, celebrado en Santiago de Compostela en 1993.³ También son reveladoras las afirmaciones de Julio Aróstegui en 1995 de que el «abandono de las posiciones marxistas y la influencia polivalente del análisis del lenguaje son los dos movimientos cuya influencia sobre el futuro de la historiografía podemos ver de forma menos confusa».⁴

Con todo, sería asimismo distorsionador exponer la importancia y evolución de las diferentes aproximaciones a la historia inspiradas en el marxismo, tomando como única lente de lectura la crisis que ha vivido ese paradigma historiográfico —condensación, en cierto sentido, de las esperanzas y frustraciones de la modernidad— en los últimos años. Es cierto que como *Ersatz* (sucedáneo) de la religión y como *Weltanschauung* (visión omnicomprensiva de la realidad, de la sociedad y de la historia), el marxismo ha perdido hoy casi toda su relevancia. Pero no debe desconocerse la gran influencia y las aportaciones que las diferentes interpretaciones del marxismo han realizado a la teoría y a la práctica historiográfica a largo del siglo. (Las dos tendencias historiográficas que a las que nos hemos ocupado en capítulos anteriores no serían totalmente comprensibles sin tener en cuenta la influencia del pensamiento marxiano.) Las interpretaciones del marxismo son tan diferentes entre sí que llevan a cuestionarse si no es mejor hablar hoy de marxismos que de marxismo.⁵ Dar una idea de la importancia, evolución y heterogeneidad de esas aportaciones es lo que me propongo a continuación.

Existen importantes confluencias entre la concepción de la historia derivada de la tradición marxista y las de las corrientes renovadoras historiográficas

3 Están publicadas en «Marxismo e historia en los años 90», en BARROS, Carlos (ed.): *Historia a Debate*, t. 1 «Pasado y futuro». Santiago de Compostela, 1995, pp. 69-91.

4 ARÓSTEGUI, Julio: *La investigación histórica: Teoría y método*. Barcelona, Crítica, 1995, p. 134. También es muy revelador en ese sentido que en una breve y valiosa *Introduction à l'historiographie*, de P. Poirrier (París, 2009) ni «Marx» ni «marxisme» figuren en el índice de contenidos; algo impensable hace veinticinco años en Francia y (casi) ahora en España.

5 La opinión de que hablar de marxismo en general «implica una posición cómoda pero carente de base real» fue expuesta por Bolívar Echevarría en el citado I Congreso *Historia a Debate*, p. 71. Aun sin llegar a ese extremo, la enorme diversidad e importante heterogeneidad de *Las principales corrientes del marxismo* se podía ya constatar desde años atrás en la obra homónima de Leszek Kolakowski (3 vols., Madrid, Alianza): 1, *Los fundadores*, 1980; 2, *La edad de oro*, 1982; 3, *La crisis*, 1983 (ed. orig. 1976-1978).

ya expuestas: la de *Annales* y la Escuela de Bielefeld. Las tres consideran la historia una ciencia social que debe basarse en una teorización y en una lógica de investigación común, en buena parte, a las ciencias naturales. Como las otras dos, la tradición marxista rechaza la separación, propuesta por el historicismo, entre el método hermenéutico (que sería el propio de las ciencias humanas) y el analítico (como el adecuado a las ciencias naturales).

El marxismo tiene en común con las corrientes sociohistóricas francesa, alemana y anglosajona antes explicadas, la idea matriz de que las formaciones sociales tienen una lógica evolutiva y de progreso, a través de diferentes estadios, que es posible discernir; hay que apuntar, sin embargo, que la idea de progreso es menos acentuada en Weber. El marxismo y la Escuela de Bielefeld rechazan de manera aún más clara que los *Annales* la concepción de la historia como una ciencia neutral y sostienen que la historia debe estar al servicio de la crítica social: debe servir para la emancipación, para superar la alienación y la reificación del hombre.

Por último, pero no menos importante, el marxismo, al igual que otras corrientes de la ciencia sociohistórica, se ha visto obligado a revisar desde mediados del decenio de 1970 y, sobre todo, en el decenio de 1980, su aproximación macrohistórica y estructuralista para dar respuesta a la creciente demanda de una historia más existencial y cercana a las experiencias vividas por los sujetos.⁶

4.2. LA AMBIGUA TRADICIÓN MARXISTA HASTA COMIENZOS DEL SIGLO XX Y SUS COMPLEJAS CLAVES

Para entender la heterogeneidad de teorías y prácticas historiográficas que han reclamado ser marxistas desde la Segunda Guerra Mundial, conviene referirse a algunas contradicciones o fuertes tensiones internas en las propias obras de Marx (y Engels). En primer lugar, las obras de Marx (especialmente del Marx maduro) y, más aún, las de su colaborador Engels tienen una clave científicista, naturalista, objetivista, dialéctica y cuasi determinista que impregna su consideración de la historia humana. Esta queda así en buena parte predeterminada por unas leyes generales —asunción de la dialéctica hegeliana— que conducen, de forma relativamente mecanicista, a estadios superiores de desarrollo hasta el socialismo. En el análisis de las formaciones sociales los condi-

⁶ Retomo y modulo personalmente aquí algunas ideas y expresiones de Georg Iggers en *La ciencia histórica en el siglo xx*. Barcelona, Labor, pp. 72 y ss.

cionamientos socioeconómicos (la infraestructura) tiene un papel decisivo para el marxismo. Si hubiera que escoger un texto para exponer esta visión global, evolutiva, de hegemonía de la infraestructura y, en parte, determinista, quizá el más adecuado sería el tantas veces citado fragmento de la introducción a la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx de 1859:

En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden formas de conciencia social determinadas. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser; por el contrario, su ser social es el que determina su conciencia.⁷

Esta clave filosófico-histórica, un tanto reduccionista y determinista, podría interpretarse en cierto modo como una predeterminación de los resultados de la investigación histórica. En estos resultados se debía encontrar la verificación de este esquema general. Sin embargo, hay otra clave en el marxismo difícilmente conciliable con la anterior: es la perspectiva sociocrítica, ética, en pos de una sociedad más justa, según la cual se rechaza el objetivismo como positivismo. Es una concepción que apuesta también por una aproximación problematizadora e interdisciplinar a las realidades sociales. Esta perspectiva problematizadora supone una importante contribución al conocimiento de las realidades históricas y al progreso social, por sus hipótesis conceptualizadoras (por ejemplo en torno a la clase y a la lucha de clases) y por su compromiso con los menos favorecidos.

Las ambigüedades, si no contradicciones internas, latentes en el pensamiento de Marx se tradujeron en lecturas muy diferentes de su propuesta teórico-historiográfica. Ya desde comienzos del siglo pasado encontramos, por ejemplo, unas acusadas diferencias entre la interpretación más científico-naturalista y objetivista del austro-marxista Karl Kautsky, secretario de Engels, y la concepción del marxismo del político e historiador francés Jean Jaurès. Este,

7 El texto completo puede encontrarse en las numerosas ediciones de la obra de Marx. Este fragmento procede de FONTANA, Josep: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Crítica, 1980, pp. 145-146. J. Fontana ha sido uno de los mejores conocedores (y apologistas) del marxismo y de su incidencia en la historia.

autor de una *Historia socialista de la Revolución Francesa* (1901-1903), muerto trágicamente en vísperas de la Primera Guerra Mundial, acentuaba en el socialismo ante todo su dimensión de aspiración a la justicia y se declaraba también discípulo de Michelet.

4.3. LA DOGMATIZACIÓN DEL MARXISMO EN LOS PAÍSES DEL SOCIALISMO REAL

En octubre-noviembre de 1917 tiene lugar en Rusia el triunfo de la Revolución bolchevique, es decir, de la Revolución en la versión propugnada por la fracción comunista dirigida por Lenin.⁸ Tras este triunfo, el marxismo-leninismo se convierte en ideología oficial del nuevo Estado soviético. Y la dogmatización y simplificación del marxismo se incrementará durante la época estalinista, ya que Stalin (1879-1953) tuvo, o pretendió tener también, una dimensión de teórico del marxismo. En 1938 Stalin publicó la obra u opúsculo «Materialismo dialéctico y materialismo histórico» (que formaba parte del *Breve curso de Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*). Este texto fue saludado por algunos intelectuales, también en Occidente, como un «nuevo discurso del método».⁹ Se produjo así, como señala Charles-Olivier Carbonell, una paradoja: el marxismo, que quería ser un método doblemente revolucionario —por su naturaleza y su finalidad—, fue transformado en instrumento de ordenación mecanicista de lo real y de mantenimiento del nuevo orden intelectual y social del Estado soviético y de los países controlados por este.¹⁰ La historia de arma revolucionaria se convertía en sierva de una *nomenklatura*. Bien es cierto que en los años anteriores a 1956 —año en que Jruschov denunció el régimen de Stalin en el XX Congreso del PCUS— las victorias que había conseguido el «socialismo real» en los planes económicos quinquenales o en su lucha contra el totalitarismo nazi (así en Stalingrado) eran más cono-

8 He aquí un importante testimonio de la excepcional significación que los historiadores conceden a esta ruptura histórica: la Revolución de Octubre (últimamente, la Revolución rusa) es el único gran «acontecimiento», junto con la Revolución francesa, que da nombre a alguna de las numerosas Comisiones especializadas que están afiliadas al Comité Internacional de Ciencias Históricas.

9 Sartre afirmaba en 1953: «La única interpretación válida de la historia humana es el materialismo dialéctico [...]. El materialismo histórico es su propia prueba [...]. Es la filosofía insuperable de nuestro tiempo» (cfr. CARBONELL, C.-O., y WALCH, J. (eds.): *Les sciences historiques de l'Antiquité à nos jours*. París, Larousse, 1994, p. 606).

10 Con razón se ha podido titular algún estudio de la historiografía oficial en esos países de la «Europa del Este» como «Captive Clio» (Clío, en cautividad). Cfr. PAPACOSTEA, Serban: «Captive Clio: Romanian Historiography under Communist Rule», *European History Quarterly*, vol. 26, 1996, pp. 181-208.

cidas que los gulags y las purgas de la KGB (la policía secreta soviética).¹¹ Así estos éxitos parecían legitimar el comunismo (estalinista) como la esperanza del futuro.

La dogmatización del marxismo en su versión marxista-leninista se manifiesta, por ejemplo, en la tesis de la acción permanente y determinante de la causalidad ascendente (es decir, de la infraestructura a la superestructura), y en la afirmación de la unicidad y linealidad de la ley de desarrollo histórico general, a través de los cinco tipos fundamentales de relaciones de producción (comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo).

Si bien es necesario pergeñar esa dogmatización del marxismo, ello no implica desdeñar en bloque la tarea, a veces creativa e importante, pese a las limitaciones institucionales, desarrollada por algunos autores marxistas. Es lógico que esta creatividad se diera con más frecuencia en los países en los que, por tradición, había un mayor intercambio científico con el exterior. Así, por ejemplo, en Polonia, en donde hubo un grupo destacado de historiadores que mantuvieron contactos con el Boulevard Raspail (la sede parisina de los *Annales*). Uno de estos testimonios de reflexión creativa sería por ejemplo la obra de Witold Kula, *Teoría económica del sistema feudal*, cuya edición original polaca es de 1962. En esta obra Kula se propone estudiar la lógica interna del feudalismo, de modo análogo y con la guía del análisis que Marx había hecho sobre el capitalismo.¹²

También en la llamada República Democrática Alemana o Alemania Oriental (RDA) surgieron obras valiosas. Algunas de ellas, como la de Hartmut Zwahr (1978) sobre la constitución del proletariado en Leipzig durante la Revolución industrial, tienen como objetivo enlazar la historia de los grandes procesos y estructuras sociales con las acciones de los seres humanos individuales. Georg G. Iggers, con la autoridad moral que le confiere su lucha por los derechos humanos, ha espigado y comentado en una obra específica las aportaciones, en su opinión, más válidas de la historiografía de la RDA.¹³

11 Cfr. COURTOIS, Stéphane et al.: *El Libro negro del comunismo*. Barcelona, Planeta, 1998.

12 Marx, como Lenin, son puntos de referencia para W. Kula, pero también lo es, por ejemplo, Lévi-Strauss. Cfr. KULA, W.: *Teoría económica del sistema feudal*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1976, 2.^a ed. corregida.

13 IGGERS, G. (ed.): *Ein anderer historischer Blick. Beispiele ostdeutscher Sozialgeschichte*. Frankfurt am Main, Fischer Verlag, 1991.

4.4. LA EVOLUCIÓN Y DIVERSIFICACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA MARXISTA EN LOS PAÍSES OCCIDENTALES

Me limitaré a presentar aquí una panorámica de las diferentes corrientes dinamadas en los países occidentales de la tradición intelectual y política marxista. Así y todo, este epígrafe habrá de ser más extenso que el anterior. Ello se debe a la gran influencia y diversidad de estas corrientes, a su estrecha interrelación con otras tendencias —en el ámbito de un debate intelectual abierto—¹⁴ y a que, en definitiva, este es el marco geopolítico que nos concierne más directamente.

¿Cuáles fueron las razones de la atracción que ejerció el marxismo sobre muchos historiadores e historiadoras de Occidente?: la invitación a pensar globalmente la realidad y el cambio social, la búsqueda de certezas intelectuales y éticas como sucedáneo de la religión, el compromiso en pos de lograr un mundo unificado de progreso donde se pusiera fin a la dominación del hombre por el hombre. La interpretación marxista tenía el camino más abonado para llegar a ser hegemónica en los países donde la tradición societaria-ecclesial, en cierto sentido, era más fuerte que la liberal (como en los países latinos e Hispanoamérica). Especialmente cuando, como en el caso hispánico, parecía legitimar con singular fuerza la lucha contra una dictadura de derechas. Con todo, hay que señalar que también en los Estados Unidos y en Inglaterra han surgido algunas importantes tendencias históricas marxistas, aunque más bien minoritarias.

Me concentraré fundamentalmente, por ahora, en las aportaciones anteriores a 1979, antes de que se extendiera el clima posmoderno y el retorno de la narrativa. Esta cronología, sin embargo, solo sirve desde una perspectiva europea general; en el caso español, la evolución historiográfica presenta un desfase cronológico notable.

En su panorámica de la ciencia histórica en el siglo xx, Georg Iggers ha distinguido básicamente y de manera plausible a afectos orientativos dos corrientes en la historiografía marxista occidental: la estructuralista y la culturalista. La estructuralista sería aquella corriente más estrechamente ligada a la doctrina marxista de la infraestructura, la superestructura y los estadios de evolución. Para los historiadores de esa orientación, las relaciones sociales objetivas de producción y de posesión son el elemento determinante en el desarrollo de la conciencia de clase (un aspecto capital para la praxis revolucionaria).

14 Con la notable excepción ibérica, hasta fines del decenio de 1960.

En Francia, el referente teórico más importante de esta corriente estructuralista fue, durante algún tiempo, Louis Althusser, cuya lectura de Marx (*Pour Marx*, 1965; *Lire «Le capital»*, 1966) rechazaba toda interpretación historicista y humanista de la obra de este. Para Althusser, el marxismo era un método estructuralista de investigación, estrictamente científico. En cuanto a Gran Bretaña, o para decirlo con palabras del título de un célebre libro de Harvey H. Kaye, entre los *Historiadores marxistas británicos*,¹⁵ como Maurice H. Dobb, Paul Sweezy y Robert Brenner, así como en los norteamericanos Guy Bois e Immanuel Wallerstein, buena parte de los esfuerzos se dedicaron un tiempo a estudiar la transición del modo de producción feudal al capitalista (del feudalismo al capitalismo).¹⁶

Desde una panorámica de decenios, quizá la propuesta interpretativa que ha tenido mayor trascendencia fuera de los ámbitos estrictamente marxistas de entre las citadas ha sido la gran tesis de I. Wallerstein (afín en algunos aspectos a los *Annales*), publicada en 1974. Según este, el origen del capitalismo y de las relaciones de dependencia de la periferia respecto al centro del moderno sistema mundial comienza ya en el siglo xvi. Esa propuesta tendría una gran repercusión en todas las teorías de la dependencia económica del que —todavía por inercia— se sigue llamando Tercer Mundo, aunque uno puede preguntarse qué sentido tiene hablar de tercero si no existe ya, como bloque articulado, el Segundo Mundo. Una prueba del impacto que significó la obra de I. Wallerstein fue la inclusión de esa temática de centro y peri-

15 KAYE, Harvey J.: *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989 (ed. orig. ingl. 1984). La edición española de este libro ha sido preparada por Julián Casanova, autor también de un estudio sobre historia social, centrado especialmente en la historiografía marxista: *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?* Barcelona, Crítica, 1991. En esta obra, Casanova sostiene que existe una segunda generación de historiadores marxistas británicos, formados en los años sesenta y setenta, suficientemente diferenciados de los tratados por Kaye como una escuela. Casanova incluye en esta segunda oleada a Gareth Stedman Jones, Raphael Samuel y el heterogéneo círculo en torno a la revista *History Workshop* (fundada en 1976 con el subtítulo *A Journal of Socialist Historians*; en 1982 se cambió por el de *Journal of Socialist and Feminist Historians* y desde 1995 se prescindió del subtítulo). Cfr. también, GEOFF, Eley: «The British Marxist historians: shaping an intellectual culture», en BERGER, S.; FELDNER, H., y PASSMORE, K.: *Writing History. Theory and Practice*. Londres, Arnold, 2003, pp. 71-75.

16 Cfr. SWEETZ, Paul: *La transición del feudalismo al capitalismo*, Madrid, Ayuso, 1975 (ed. orig. ingl. 1950); BRENNER, Robert: «Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial», en ASHTON, T. H., y PHILPIN, C. H. E. (eds.): *El debate Brenner*, Barcelona, Crítica, 1988 (ed. orig. ingl. 1976); BOIS, Guy: *Crise du féodalisme*, París, 1976; WALLERSTEIN, Immanuel: *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo xvi*, Madrid, Siglo XXI, 1979 (ed. orig. ingl. 1974). Mientras que Dobb atribuye el colapso del feudalismo a sus contradicciones económicas internas, Sweezy lo atribuye a una razón externa: el auge del comercio. Josep Fontana (*Historia. Análisis...*) acusa a Bois de no haberse distanciado suficientemente del malthusianismo.

fería en el moderno sistema mundial (y el gran interés que despertó) en el XVII Congreso Internacional de Ciencias Históricas (CICH) celebrado en Madrid en 1990.¹⁷

La corriente marxista más culturalista está formada por historiadores como George Rudé, Eric Hobsbawm, Roll Jordan, Eugene D. Genovese y, sobre todo, Edward P. Thompson.¹⁸ (Dejo aparte, por ahora, a los historiadores italianos de matriz gramsciana como Ginzburg, Levi y Poni, sobre cuyas propuestas historiográficas trataré más adelante en relación con la microhistoria.)

La corriente historiográfica del marxismo culturalista sigue teniendo como centro de gravedad, en consonancia con sus convicciones marxianas, la lucha de clases y el problema de la dominación; sin embargo, recalca el papel de la conciencia y de la cultura como factores decisivos en la acción social. Parece que hay un notable consenso entre los especialistas marxistas (por ejemplo J. Fontana y H. Kaye) y entre otros que ven el marxismo con más distanciamiento, sin serle hostiles (como G. Iggers), en destacar la importancia y la gran aportación que significaron las obras de Edward P. Thompson en la renovación teórica del marxismo occidental. Veamos con cierto detenimiento en qué residieron estas.¹⁹

Thompson quiso renovar con su obra la interpretación del marxismo, entendiéndolo como un fundamento para efectuar una crítica abierta a los problemas de los nuevos tiempos. Unos problemas que no podían resolverse simplemente de una manera escolástica con la invocación a unos textos surgidos hacía más de cien años. La obra más importante e influyente —convertida ya en clásico— de E. P. Thompson es *The Making of the English Working Class, 1780-1832* (3 vols., 1963). La tesis que se expone en ella es que la formación de

17 Sobre la influencia de I. Wallerstein (así como de G. Frank) en Hispanoamérica mediante su teoría de la dependencia, cfr. IGGERS, G., y WANG, Q. E.: *A Global History of Modern Historiography*. Londres, Pearson Longman, 2008, pp. 290-294.

18 Cfr. RUDÉ, George: *La multitud en la historia. Disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1972; HOBBSAWM, Eric: *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Crítica, 1968; JORDAN, Roll: *The World the Slaves Made*, New York, Vintage Books, 1976. E. Genovese se ocupó de la relación amo-siervo en el Sur de los Estados Unidos. En el decenio de 1990, Eugene Genovese cambió de orientación historiográfica y vital (se convirtió al catolicismo). Hobsbawm sigue siendo un referente de primer orden del marxismo. Es significativo a este respecto que en una obra relativamente reciente, *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI*, escrita por E. Ruiz-Domènech (1999), Hobsbawm sea el historiador marxista escogido para ser comentado.

19 Harvey J. Kaye y Keith McClelland editaron una recopilación de artículos que constituye «a critical engagement with E. P. Thompson's work», titulada *E. P. Thompson. Critical Perspectives*. Cambridge, Polity Press, 1990.

la clase obrera inglesa concreta no es simplemente el resultado de las nuevas fuerzas productivas. Es un desarrollo en el ámbito de la historia política y cultural y en el de la historia económica. La clase obrera no solo fue creada, fue al mismo tiempo su propia creadora. Las relaciones sociales de producción no son cosas, solo existen en el marco configurado por el ámbito de la cultura y de la conciencia. Además de este peso de los factores específicos político-culturales, Thompson se distancia del marxismo clásico en su evaluación del proceso de industrialización. En E. P. Thompson podemos comprobar cómo comienza ya a vacilar la fe ilustrada en el progreso, heredada en general por las ideologías del siglo XIX como el marxismo. La modernización, admite el historiador británico, trajo también pérdidas de calidad de vida. Así, en Thompson, a diferencia de Althusser, observamos algunos elementos en común con la hermenéutica historicista según la cual cada tiempo tiene su propio valor y el pasado es algo más que el camino hacia el futuro.

Esta valoración creciente de los aspectos culturales en el análisis de la realidad y dominación social no puede separarse de la pujante atención que los historiadores —también los marxistas— prestan a la antropología. El concepto de cultura popular o plebeya, tan discutido en los últimos años por Roger Chartier o Peter Burke, ha sido el engarce entre la tesis capital marxista de la lucha de clases, como factor teórico hegemónico, y las nuevas perspectivas en pos de la vivencia y de la interpretación del sujeto que aporta la antropología cultural. Así E. P. Thompson puede entenderse también como un puente tendido entre la aproximación analítico-sociológica y la aproximación hermenéutica a la historia. Partiendo del materialismo histórico clásico, la historiografía marxista se ha diversificado y evolucionado en diferentes orientaciones que la han llevado a conjugarse, en algunos casos pero no siempre, con el retorno de la narrativa o con el cuestionamiento de las aproximaciones macrohistóricas. Debates como este del retorno de la narrativa o la propuesta de cambio de escala en la observación histórica serán los que centrarán nuestra atención en los siguientes capítulos.

4.5. ¿QUÉ HA QUEDADO DEL MARXISMO EN EL PRIMER DECENIO DEL SIGLO XXI?

En los epígrafes anteriores he expuesto las distintas variantes historiográficas del marxismo desde una perspectiva más bien analítica y objetivista. A continuación, en cambio, me atreveré a proponer una reflexión más personal y sintética, a modo de microensayo, sobre el legado que el marxismo ha dejado, en el plano histórico e historiográfico, al siglo XXI.

La grandeza y debilidad del marxismo ha consistido en querer ser a la vez un método científico-filosófico y una apuesta revolucionaria cierta para superar las inhumanidades del sistema liberal-capitalista. En ese sentido, por el poderoso atractivo que ha ejercido y por la decepción que han provocado entre los marxistas la «inesperada» evolución de las sociedades «capitalistas» y el derrumbamiento de los sistemas políticos del «socialismo real», puede decirse con Leszek Kolakowski que el marxismo ha sido la mayor utopía del siglo xx.

La evolución social ha desmentido gran parte de los análisis y profecías de Marx: ni el capitalismo se ha derrumbado, ni la polarización social ha aumentado —al menos en muchos países—, ni la revolución socialista se ha mostrado irreversible, ni ha tenido lugar el fin de la alienación religiosa, ni las revoluciones han logrado superar las contradicciones humanas. (Desde luego, se había teorizado mucho sobre las transiciones de unos modos de producción a otro, pero muy poco o nada sobre la transición del socialismo al capitalismo que se ha dado en gran parte de Europa después de 1989-1991.)

Pese a los desmentidos por parte de la realidad histórica que el marxismo ha sufrido y la consecuente difuminación del futuro radiante que preconizaba, sigue teniendo vigencia su denuncia ética o su aspiración a la justicia frente a la inhumanidad que suponía (y supondrá siempre) reducir el hombre a una fuerza de trabajo.²⁰ Que la solución política ofrecida (y garantizada «científicamente») por el marxismo haya fracasado no quiere decir que no existiera el problema de la alienación de la persona humana.²¹ Así pues, el marxismo ha supuesto, pese a su reduccionismo antropológico —en el que la persona queda circunscrita a su praxis—, un acicate para potenciar una mayor conciencia de que era necesario promover la justicia social y la solidaridad como bien común. Sin embargo, cuando muy frecuentemente, al menos en Europa occidental, la interpelación del marxismo se ha asumido de modo acrítico y sin unas convicciones trascendentes sólidas, el naufragio del marxismo como saber de salvación y de «esperanza» ha conllevado una propensión al nihilismo o al cinismo ético. Con ello, indirectamente, ese naufragio ha socavado los fundamentos éticos de una democracia comprometida con la eutopía de forma idealista y madura a la vez. Nihilismo ideológico y pragmatismo hedonista se han

20 El gran escritor francés Victor Hugo, coetáneo de Marx, afirmaba ya en su breve nota introductoria al primer volumen de su novela *Los Miserables* (1862) que «la degradación del hombre por el proletariado» era uno de los grandes problemas, pendientes de resolver, de su siglo.

21 En este sentido se expresaba, por ejemplo, Karol Wojtyła —buen conocedor de la teoría y la práctica del marxismo— en su exhortación social *Centesimus annus*, escrita en el centenario de la famosa encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII.

dado peligrosamente la mano en las sociedades tecnológicamente avanzadas de principios del siglo XXI.

En cualquier caso, con una perspectiva más que secular, hay algunos indicios para conceder a la acción del marxismo el beneficio de la duda y postular que el triunfo de la socialdemocracia (una de las posibles derivaciones del marxismo) quizá haya sido posible indirectamente por la acción (o la prevención de la posible acción revolucionaria) del marxismo. De ser así, serían los trabajadores de Occidente quienes se habrían beneficiado de él, en vez de quienes estuvieron sometidos a los regímenes del socialismo real.

En el ámbito de la práctica historiográfica, el legado del marxismo, como un punto de referencia ya clásico y relativamente compartido (bien sea como teoría explicativa o como instrumento analítico hipotético) ha tenido un efecto saludable para impulsar los estudios económicos y sociales a largo plazo, la visión de la historia *from below* (desde abajo) y las exposiciones que implican una conceptualización teórica, sin quedarse en una mera erudición positivista. Y ello, aunque sea rotundamente falsa la equiparación que se ha querido establecer a veces entre historia con teoría e historiografía marxista. Desde luego hay también historia con mucho calado teórico, sin que esta derive del marxismo. La que hicieron Pierre Chaunu o Reinhart Koselleck, son un ejemplo de ello.

«La auto-deificación de la humanidad a la que el marxismo dio plena expresión filosófica ha terminado de la misma forma que todos los intentos de este tipo, ya sean individuales o colectivos, se ha revelado a sí misma con el aspecto trágico-cómico de las limitaciones humanas.»²² Con estas palabras, el polaco Leszek Kolakowski describía el esfuerzo teórico y práctico prometeico que conllevó el marxismo. Un sistema de pensamiento que revolucionó la cultura intelectual y política de Occidente y Oriente. Un sistema que señaló horizontes de plenitud humana y social. Pero un modelo que se encontró desde el principio constreñido por una antropología y una interpretación de la historia tan brillante como reduccionista y parcial.

22. Kolakowski, Leszek: *Las principales corrientes del marxismo*. Madrid, Alianza, 1985, vol. III, p. 508.